

Prólogo Ocupación y Golpe El pueblo mapuche ante el despojo y la violencia del gran capital

HÉCTOR LLAITUL¹

A 50 años del golpe militar en Chile, la aparición de este proyecto editorial es relevante por dos motivos. El primero, porque nos invita a reflexionar críticamente sobre la dictadura y sus consecuencias más allá de la nostalgia que caracteriza a ciertos sectores de la izquierda actual, sino como un acto político, donde se recogen ideas que nos sirven para entender lo que pasó, procesarlo y construir herramientas para transformar el presente. El segundo, porque reúne una serie de textos que indagan en cómo se vivió la dictadura a lo largo del territorio mapuche, hoy reivindicado como Wallmapu, y cuáles fueron las sombrías secuelas neoliberales que dicho régimen cívico-militar tuvo entre nuestra gente y sobre nuestras tierras.

Junto con la represión fascista y racista que los militares dejaron caer sobre las familias y comunidades mapuche a partir de 1973, su principal objetivo fue hacerse con nuestras tierras. La violencia se usó para despojar y establecer la dominación. Las miles de hectáreas inéditamente recuperadas y entregadas durante la Unidad Popular al pueblo mapuche, expropiadas mediante la contrareforma agraria de la dictadura, fueron la base de la revolución capitalista en el sur de Chile detonada con el golpe de estado de 1973.

1 Dirigente histórico del movimiento mapuche autonomista. Werken (vocero) y weichafe (luchador) de la Coordinadora Arauco Malleco-CAM.

El movimiento mapuche autonomista de base territorial fue una respuesta a las consecuencias de esta revolución capitalista, pero también a los antiguos procesos que le dieron origen y que se fundan en una relación de colonialismo histórico que persiste hasta nuestros días. Tal como la historia de Chile está marcada por el régimen militar, además, nuestra historia como pueblo no puede desligarse de la denominada «Ocupación de la Araucanía» y la colonización alemana en la Fütawillimapu (grandes tierras del sur) ocurridas durante la segunda mitad del siglo XIX. Estas ocupaciones marcan un antes y un después de la nación mapuche y algunas de sus consecuencias aún repercuten en nuestro presente. El despojo, la reducción y el genocidio fueron usados por las elites chilenas para ampliar su acumulación de riqueza y poder, atando a los sobrevivientes de la invasión a un sistema de miseria, pobreza y a una posición de subordinación.

Esta subordinación recién se comienza a revertir en los '60, cuando mucha de nuestra gente, al interior o en los márgenes de la izquierda chilena, ingresa a los fundos y empieza a recuperar las tierras que nos habían arrebatado. Hablamos de una izquierda distinta, eso sí, una izquierda revolucionaria que, si bien nunca logró entender la profundidad de nuestros pensamientos y acciones, profundamente enraizadas en nuestra historia, tenían un horizonte claro y consistente: la transformación radical de la realidad. Eso marca una gran distancia con la izquierda que hoy ocupa los espacios representativos de la política chilena e incluso de la que dice representar a los mapuche, más preocupadas de sus sueldos, egos, estilos de vida, poderes o ambiciones personales que de los cambios profundos que requiere con urgencia la sociedad.

Mirándolo desde el presente, si aquella izquierda hubiera entendido mejor la realidad y la importancia del pueblo mapuche, es posible que el transcurso de los hechos fuera algo distinto. La visión campesinista y agrarista los cegó, impidiéndoles consolidar de forma real lo que llamaron como el «poder popular» en los territorios, sumado a otras cegueras típicas de la izquierda de aquella época con graves tendencias a la tutela política del «problema indígena». Si lo que se buscaba era asentar los pilares de una verdadera revolución en el campo y en la ciudad, una capaz, en primer lugar, de resistir al golpe de estado, los pueblos indígenas ya no podrían verse como «un problema» o una «cuestión», sino como actores centrales de las transformaciones sociales. No se puede desconocer que en esta época por primera vez se reconoció a nivel estatal la usurpación sobre nuestra territorialidad y se tomaron

cartas inéditas en el asunto, incluso en un corto periodo de tiempo, pero tampoco hay que olvidar que a los dirigentes de la Unidad Popular les costó entender que no sólo se debían entregar tierras mediante la Reforma Agraria, sino dar paso a la autonomía política a nivel local, como las cooperativas, asentamientos y otras experiencias comunitarias, sin tutelarlas desde los centros urbanos.

Es por esto que los efectos de la dictadura fueron viscerales en nuestro territorio, ya que prácticamente no existía resistencia organizada capaz de enfrentar a los militares. En pocos años, mediante la represión selectiva y racista, se habían traspasado, rematado y fragmentado las tierras antes recuperadas, mismas donde las familias poderosas del país comenzaron su negocio forestal. Hacia el final de la dictadura, el pueblo mapuche volvía a estar reducido, empobrecido y rodeado de pinos y eucaliptus, así como de otros proyectos extractivistas que trajo consigo el modelo neoliberal chileno.

El movimiento mapuche contemporáneo, particularmente el de corte autonomista territorial, es una respuesta a la profundización de esta situación aún en democracia. Los intentos de la institucionalidad estatal de contener y administrar la demanda mapuche por tierras y autonomía fracasaron a su poco andar después de la ley indígena de 1993. Las comunidades y organizaciones del pueblo mapuche no sólo se movilizaban por unas hectáreas de tierra, tal como querían ver ciertos sectores de la clase política, sino por demandas como la autonomía y luego por la liberación nacional, donde el territorio era y será siempre un elemento decisivo. Nuestro planteamiento es que sólo recuperando el territorio se podría volver a reconstruir espiritual, social y económicamente nuestro pueblo, para lo cual diversos sectores y dirigentes comenzamos a trabajar un proyecto autonómico que se distanciara de las viejas dirigencias ya incrustadas en el estado chileno y de las migajas que acostumbraban a otorgar las elites políticas y económicas.

El nacimiento de la Coordinadora Arauco Malleco a fines de los '90 es un parteaguas en la historia mapuche reciente. No fue tan sólo la creación de una orgánica que perdura y vive en el seno de las movilizaciones mapuche hasta la actualidad, sino un proyecto político e ideológico que ha permeado profundamente en las comunidades y familias que deciden luchar para recuperar su territorio. Nuestra apuesta fue dotar colectivamente a las recuperaciones de tierra con un sentido anticapitalista y mapuchista, reivindicando el rakiduum (pensamiento) y el kimün (conocimiento, sabiduría) de nuestros antepasados y de

nuestras autoridades tradicionales para darle sentido a nuestra práctica política en defensa del Itrofill Mogen (todas las formas de vida). Así hemos confrontado a las forestales por más de tres décadas, junto a otras organizaciones autonomistas que son hermanas de lucha y que, en distintos territorios del Wallmapu (país mapuche), han avanzado en la misma vía a sus ritmos y formas.

Sin embargo, esto ha significado una amenaza para los intereses del gran capital forestal y para la clase política que lo protege, quienes han usado todas las herramientas jurídicas, militares y extralegales para detener los avances del movimiento mapuche autonomista. Desde la represión y militarización continua de las comunidades en pie de lucha, cuestión que se ha recrudecido durante el último tiempo con los consecutivos periodos de Estado de Excepción sostenidos por Sebastián Piñera y Gabriel Boric, hasta dantescos montajes como la famosa Operación Huracán, son parte de las desesperadas respuestas que han dado las elites temerosas del robustecimiento del movimiento mapuche que ha puesto en jaque sus inversiones y su discurso político.

Pero las estrategias de contrainsurgencia en el neoliberalismo se reinventan, y con la tradición conservadora y neofascista que persiste en Chile, además de una pseudo-izquierda vacilante que a duras penas sostiene los pedazos de un proyecto político podrido, encuentran nuevas formas de dominación para someter a las comunidades en resistencia y enfrentar nuestra lucha. La creación de grupos paramilitares, la cooperación de comunidades, la supuesta aparición del «narcoterrorismo» mapuche y el incremento de la violencia rural, así como el encarcelamiento selectivo de dirigentes y weichafe (luchadores) mapuche, como ha sido mi caso en varias oportunidades y en la actualidad, son algunas de estas reinversiones contrainsurgentes para asfixiar al movimiento mapuche autonomista y sus avances en materia territorial. La joya de la corona ha sido la tramitación de la ley de usurpaciones, trampa legal que viene a criminalizar rotundamente a las recuperaciones de tierra, ocultando la usurpación histórica mediante la legalización del despojo.

Entonces, cuando ciertos sectores políticos mapuche y chilenos levantan la plurinacionalidad como una supuesta medida que viene a revertir los agravios históricos a nuestro pueblo ¿también toman en consideración estos fenómenos acá mencionados?, ¿se quiere revertir la usurpación y la violencia histórica o se le quiere poner un parche superficial a través de las políticas públicas multiculturales propias del neoliberalismo?, ¿es una medida que nace desde los sectores movilizadados y las comunidades

en resistencia, o poco y nada tiene que ver con la realidad que vive y sufre el pueblo mapuche que lucha por sus tierras?, ¿realmente creen que las políticas de reconocimiento de un estado colonial y capitalista serán una fuente de liberación para nuestro pueblo?

Lo cierto es que las consecuencias de recuperar nuestras tierras no las han pagado todos aquellos que dicen buscar la autonomía por otros medios. La militarización, el hostigamiento y la represión ha caído sobre las comunidades en los territorios, sobre nuestros niños, niñas, mujeres y hombres que allí viven, supuestamente justificada por la «amenaza a la seguridad nacional» que incuba nuestra lucha. Hoy mismo, yo escribo en mi condición de preso político desde una cárcel chilena ubicada en Concepción, límite histórico del Wallmapu. Tal como ocurre en la Franja de Gaza, donde Israel con el apoyo del imperialismo estadounidense destruye, masaca y encarcela al pueblo palestino a través de una guerra contra el eterno fantasma del terrorismo, la nueva ocupación del Wallmapu se intenta legitimar como una medida necesaria para el bienestar del país, así como lo fue también en 1861, cuando comienza la invasión de las elites chilenas a nuestras tierras. El denominador común de las opresiones que vive el pueblo mapuche y el pueblo palestino, no es otra cosa que estados de ocupación colonial que históricamente han buscado y buscan eliminarnos y hacerse de nuestras tierras. Estas son algunas de las preguntas y las ideas que, a 50 años del golpe y a casi 150 años de la Ocupación de la Araucanía, considero necesario de reflexionar y este libro nos ayudará en ello.

¡Libertad a todos los presos políticos mapuche!

- Por la reconstrucción Nacional Mapuche
- Weuwaiñ (venceremos, triunfaremos)
- Marrichiweu (diez veces venceremos)

Desde el penal Bío Bío, Concepción,
frontera histórica del pueblo-nación mapuche, hoy Chile.